

BRITANICO.

TRAGEDIA EN PROSA

EN CINCO ACTOS.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

Juan Trigueros

POR DON SATURIO IGUREN.

CORREGIDA Y ENMENDADA EN ESTA SEGUNDA IMPRESION.

ACTORES.

<i>Neron, Emperador, hijo de Agripina.</i>	♂	<i>Junia, amante de Britanico.</i>
<i>Britanico, hijo del Emperador Claudio.</i>	♂	<i>Afranio Barbo, Ayo de Nerón.</i>
<i>Agripina, Viuda de Domicio Enobarbo, padre de Nerón: y de segundas nupcias Viuda del Emperador Claudio.</i>	♀	<i>Narciso, Ayo de Britanico.</i>
	♀	<i>Albina, Confidente de Agripina.</i>
	♂	<i>Guardias.</i>

ACTO I.

SCENA PRIMERA.

Agripina y Albina.

Alb. ¿Que es esto? Quando Nerón está entregado al sueño, tu, Agripina, discurre tan turbada por el Palacio, esperando que despierde? La madre de Cesar sin sequito, ni guardia ha de ser centinela suya? Ea, Señora, retirate à tu quarto.

Agripina. No es posible, Albina, apartarme de aqui un instante. Aqui le esperarè, donde mientras èl descansa, seràn triste ocupacion de mi memoria los pesares con que me atormenta. Ya se van verificando todos mis recelos. Ya Nerón se ha

declarado contra Britanico. Ya el impaciente Nerón, cansado de reprimirse y de ser amado, quiere ser temido. Britanico le dá sujecion, y aun Agripina le empieza à ser enfadosa.

Alb. Como? Tu, Señora, que le diste el ser, y le llamaste de tan lexos al Imperio? Tu, que desheredando al hijo de Claudio, hiciste dichoso à Nerón nombrandole Cesar? Todo te favorece. Todo le acuerda el amor que te debe.

Agripina. Es verdad, Albina, todo le acuerda esa obligacion, si es agradecido, pero todo conspira contra mi, si es ingrato.

Alb. Si es ingrato dices? Pues no acredita en su conducta la nobleza

za de sus pensamientos? Que ha dicho, ni que ha hecho por espacio de tres años, que no prometa à Roma un perfecto Emperador? Roma, gobernada tres años ha por su vigilancia, creè haber vuelto al tiempo de sus Consules. Como padre la rige; y en fin el joven Neròn tiene todas las virtudes del anciano Augusto.

Agr. No, Albina, la passion no me ciega. Es cierto que empieza por donde acabò Augusto: pero temo que despues acabe por donde Augusto comenzò. En vano disimula. Yo leo en su semblante el genio triste y feroz de los Domicios, y sé que mezcla cò la altivez de aquella sangre la crueldad de los Neronés, que sacò de mis entrañas. Siempre la tiranía tiene felices principios. Si algun tiempo fuè Cayo las delicias de Roma, tambien fuè el horror de Roma luego que trocò en furor su fingida bondad. Y quando así no sea, ¿que me importa à mi que Neròn dexè à la posteridad un modelo de virtud? ¿Acafo puse yo en su mano el timòn del Imperio, para que le gobernase al arbitrio del Pueblo y del Senado? Sea en hora buena, si quiere, Padre de la patria; pero acuerdese de que Agripina es su Madre. Mas dexando esto aparte, ¿que nombre daremos al atentado que acaba de cometer? No puede ignorar que Britanico es amante de Junia; y sin embargo, ese mismo Neròn que tu pintas tan virtuoso, la ha robado en el silencio de la noche. ¿Que intenta? ¿Le mueve amor ò aborrecimiento?

¿Se complace solo en hacerlos infelices, ò quiere su dañada intencion perseguirlos porque yo los protejo?

Alb. ¿Tu, Señora, los proteges? Tu...
Agr. Decente, Albina. Bien sé que yo sola anticipo la ruina de ambos. Que precipité à Britanico del trocò no adonde su nacimiento debió colocarle. Que yo sola fui causa de que Silano, hermano de Junia, se diese la muerte, por haberle desbaratado el casamiento que Claudio le preparaba con Octavia, en cuya fe contaba ya entre sus abuelos à Augusto. Pero tambien sé que Neròn ha cogido el fruto de todo, sin dexarme otra recompensa que la necesidad de que procure mantener el equilibrio entre ellos y Neròn, para que algun dia le mantenga Britanico entrè Neròn y Agripina.

Alb. ¡Ah, Señora, que maxima!

Agr. En esta tempestad es donde yo aseguro el Puerto. Neròn sacudirá el yugo de mi obediencia; à este miedo no le sujeta.

Alb. Pero, Señora, ¿contra un hijo tantas cautelas?

Agr. Presto le temeria yo, si èl no me temiese.

Alb. Acafo seràn vanos esos temores; y à lo menos, si Neròn no te conserva el amor que te debe, será novedad tan secreta entre vosotros, que yo no la he penetrado. Y sino vease que titulos nuevos le concedè Roma, que sin reserva no comunique prodigamente à su Madre. Tu nombre es en la Ciudad tan sagrado como el suyo. Apenas se habla ya de la infeliz Octavia; y

es notorio que Livia no alcanzó tantos honores de tu abuelo Augusto. ¿No es Nerón el primero que ha permitido llevar delante de su Madre los Fasces coronados de laurel? ¿Pues que mas pruebas deseas de su respeto?

Agr. Menos respeto, y mas confianza.

A mi me irritan todos esos honores, porque veo que quanto ellos crecen, tanto decae mi autoridad. No; no; ya pasó aquel tiempo, en que el joven Nerón me dirigia todas las adoraciones que le tributaba su Corte; en q̄ me confiaba todo el gobierno del Imperio: en que por mi orden se juntaba el Senado en Palacio, para que yo, presente à todo, aunque oculta de una cortina, fuese el espíritu de aquel gr̄a cuerpo. Poco satisfecho entonces Nerón de la voluntad de Roma, aun no le habia ensoberbecido su propia grandeza. Nunca podrè olvidar aquel triste dia en que el mismo Nerón quedó deslumbrado de su gloria. Aquel dia, en q̄ los Embaxadores de tantos Reyes vinieron à tributarle vasallage en nombre del Universo; iba yo à sentarme con él en su trono. No se quien le dictó mi desgracia. Apenas me vió, aunque de lejos, quando manifestó en el semblante su ira, y aun mi corazón no dexó de concebir algun infeliz presagio. Procuró disimular el ingrato, y dando color de respeto al agravio, levantose de repente, y se arrojó como para abrazarme; ¿mas para qué fue? Para apartarme del trono. Desde aquel fatal suceso ha ido precipitandose por instantes la autoridad de Agri-

pina. Ya no me queda mas que la sombra. Ya nadie implora sino el nombre de Seneca, y la proteccion de Afranio.

Alb. Pues si te afligen esos, ¿por que abrigas el espia que te mata? ¿Porque no apuras la verdad, explicandote con tu hijo?

Agr. ¿Ay Albina! Ya Nerón no me oye sin testigos. A hora señalada da su audiencia en publico, y le dictan la respuesta y aun el silencio, sin q̄ jamás dexé de presidir nuestras conversaciones uno de los dos que mandan à Nerón y à su Madre; pero yo he de perseguirle, al paso que huye, sirviendome de su misma inquietud. Ruido siento, las puertas abren; vamos aprisa à pedirle cuenta del robo. Procuremos penetrar de improvizo sus intimos secretos. ¿Mas que veo? Ya sale Afranio de su quarto.

SCENA II.

Afranio y Agripina.

Af. Iba, Señora, à participarte un orden del Emperador, que al principio te causará novedad aunque solo es efecto de una prudente conducta, de que desea Cesar estès informada.

Agr. Pues si así lo quiere, entremos, que de él mismo lo sabré mejor.

Af. Ahora se ha retirado de nosotros por algun rato, y está con los Consules, que por una puerta secreta se anticiparon: Mas permite que vuelva à decirle..

Agr. No, no intento perturbar sus augustos secretos; pero, Afranio, ¿quieres que con menos embarazo hablemos una vez sin fingimiento?

Af. Yo, Señora, siempre le he aborrecido.

Agr. Dime, ¿pretendes ocultarme al Emperador mucho tiempo? ¿No le podrè ver sino à costa de importunarle? ¿Levantè yo tanto tu fortuna, para que fueses una balla entre el Emperador y su Madre? ¿No te atreves à dèxarle ni un momento en libertad? O por ventura, ¿tu y Seneca os disputais el triunfo de qual ferà el que me borre antes de su memoria? ¿Què; le pusè yo en vuestras manos para que le enseñais à ser ingrato? ¿Para que fueseis con su nombre los dueños del mundo? Mientras mas lo imagino, menos puedo persuadirme à que tengas la osadìa de contarme entre tus hechuras. Tu, cuyos deseos ambiciosos pude dexar envegecer en los infimos empleos de alguna Legion; y yo, que en el trono he sucedido à mis ascendientes: Yo, Hija, Muger, Hermana y Madre de tus Soberanos. ¿Que pretendéis? ¿Pensais q̄ hice un Emperador para obedecer à tres? Neròn ya saliò de los años de su infancia. ¿No es tiempo ya de que reyne? ¿Hasta quando quereis que os tema? Acaso no puede ver sin que le presteis vuestros ojos? ¿No tiene à la villa para gobernarse los egemplos de sus abuelos? Blija, si quiere, los de Augusto ò Tiberio; si puede, imite à Germanico mi Padre. Yo no me atrevo à colocarme entre Heroes tan grandes; pero en algunas virtudes soy capáz de instruirle, y à lo menos le podrè enseñar hasta donde deberayar su confianza con un Vasallo,

Af. Yo me habia encargado de sincerar à Cesar de una accion solamente; pero, Señora, ya que sin animo de que le disculpe, me haces defensor de todas sus operaciones, responderè con aquel desembarazo propio de un Soldado, que no sabe disfrazar la verdad. Tú me confiaste la crianza de Neròn. Lo confieso, y nunca podrè olvidarlo. ¿Pero te hice yo algun juramento de ser infiel, ò de formar un Emperador que no supiese otra cosa que obedecer? No Señora, no hice tal juramento, ni yo soy responsable de mi conducta à Neròn ni à su Madre. A quien debo dar cuenta de ella es al dueño del mundo, al Imperio Romano, que esta persuadido à que su prosperidad ò su ruina solo de mi dependen. Dime, Señora, ¿para hacerle ignorante no habia otros maestros sino Seneca y Afranio? ¿Para que apartar de su lado à los lisongeros? ¿Que necesidad habia de recurrir à los destierros à buscar corruptores? La Corte de Claudio abundaba tanto en esclavos, que para dos que se buscasen, se hubieran presentado mil competidores al honor de envilecerle, y perpetuarle en la infancia. Si esto es así, de que te queexas? ¿No eres de todos reverenciada? ¿No juran del mismo modo por tu nombre, que por el de Cesar? Es verdad que no viene à todas horas à poner à tus pies el Imperio, y aumentar el numero de tus obsequiosos; pero acaso está obligado à eso, ¿No podrá dar otra señal de su reconocimiento sino la sumision? Neròn, siempre timido

y humilde no se atreverá à ser Augusto, y Cesar mas que en el nombre? Si; lo diré de una vez. Roma le justifica, Roma, que esclava por tanto tiempo de tres libertos, respirando apenas el yugo que ha sufrido, cuenta su libertad desde el Reynado de Nerón. ¿Mas que digo? La misma virtud parece que renace. Ya el Imperio no es mirado como presa de un Tirano. El Pueblo nombra sus Magistrados en el Campo Marcio. Cesar nombra los Gefes, que desean las Legiones. Thrasea en el Senado, y Corbulón en el Exercito no dexan de ser inocentes, aunque son famosos. Los desiertos, poblados antes de Senadores, no los habitan ya sino los que injustamente los acusan. Yo no alcanzo que daño podrá seguirse del credito que nos dá Cesar, con tal que nuestros consejos se dirijan à su gloria; y que en el curso de su floreciente Reynado se vea, que baxo un Emperador que lo puede todo, conserva Roma su libertad. Además de que Nerón por sí solo basta para gobernarse. Yo solo le obedezco, sin pretender la honra de instruirle: y es sin duda que para asegurar el acero le basta imitar à sus abuelo; ¿pero quan dichoso será, si sus virtudes, eslabonadas unas con otras, renovasen siempre la memoria de sus primeros años!

Agr. Eso es decir que tú, desconfiando de lo venidero, temes que Nerón se estrague luego que faltes de su lado. Pero ya que te veo tan satisfecho de tu enieñanza, dame algun testimonio de sus virtudes: ex-

plicame, ¿por què Nerón se ha hecho usurpador? ¿Porque ha robado à la hermana de Silano? ¿Es su animo infamar con este borron la sangre de nuestros abuelos, que late en la hermosa Junia? ¿Que delito ha podido constituirle tan presto Reo de Estado? Junia, que educada hasta entonces sin vanidad, fue necesario que Nerón la robase para verla: Junia hubiera contado siempre como especial beneficio suyo la dichosa libertad de no conocerle nunca.

Afr. Yo bien sè que no se la atribuye ningun delito; pero tampoco Cesar la ha condenado todavia, y no comprehendo que haya obgeto desagradable à sus ojos en un Palacio lleno de imagenes de sus abuelos. No ignoras que los derechos de Junia pueden hacer de qualquiera que sea su esposo un Principe rebelde, y que la sangre de Nerón no debe mezclarse sino con quien sea de su confianza. Tú misma cõfiesas, que no seria razon disponer de la sobrina de Cesar sin su consentimiento.

Agr. Ya lo entiendo. Ya veo que por tu boca me hace saber el Emperador, quan en vano confiaba Británico en mi eleccion: quan en vano procurè que apartase los ojos de su desgracia, lisongeandole con un casamiento que tanto anhela: que Nerón à tanta costa mia quiere publicar que Agripina promete mas de lo que puede, y sacar à Roma con esta afrenta del error en que estaba de mi autoridad: que aprenda con terror el Universo à no confundir de aqui adelante al Emperador

rador con mi Hijo. Bien pude haberlo ; pero no obstante le aviso que antes de dar este golpe asegure bien su Imperio ; porque reduciendome à la necesidad de hacer experiencia contra el de mis debiles fuerzas , creo que expone las fuyas ; y acafo , puelto mi nombre en la balanza , pefará mas de lo que imagina.

Af. ¿Es posible, Señora, que siempre estès recelosa de su respeto? ¿Que no darà paso alguno sin que te sea sospechoso? ¿Como puede el Emperador creerte parcial de Junia , ni reconciliada con Britanico? Es esto declararte en favor de tus enemigos para concitar el enojo de tu hijo, y buscar este pretexto de quexa? ¿El mas leve rumor que llegue à tus oídos ha de bastar para disponerte à dividir el Imperio? Siempre temerosa? Siempre inquieta? Siempre haciendo averiguaciones? ¿No valdra mas, que dexado ese triste afán , proprio de un Censor , uses la blandura de una madre cariñosa? Si hay algunas tibiezas, sufrelas, Señora , no las publiques , ni dès ocasion a que te abandone la Corte.

Agr. ¿Y quien será yá el que se honre con mi patrocínio, quando el mismo Nerón anuncia mi ruina? ¿Quando parece que me deslierra de su vista? ¿Quando Afranio se atreve à detenerme à su puerta?

Af. Señora, yo callarè, pues empiezo à conocer , que mi libertad te desagrada. Esa quexa es injusta, y todas las razones que no la lisongean avivan mas tus sospechas. Allí viene Britanico. Yo me retiro, dando

lugar à que le oigas , à que llores su desgracia, y acafo à que culpes à los que en esta parte nada ha consultado el Emperador.

SCENA III.

Britanico, Narciso y Agripina.

Agr. ¡Ah Principe! Adonde vás? ¿Què impetu te arroja ciegameute entre tus enemigos? ¿Què buscas?

Bri. Que busco? Mi mayor perdida. A Junia busco , Señora. Rodeada de terribles soldados ha sido traída indignamente à este Palacio. ¿Con que horror se habrá visto sobresaltada su timidez en este nuevo espectáculo! En fin me han quitado à Junia. Una tirana ley separa dos almas, que unía su propia infelicidad , y nos impide que juntando nuestras desventuras nos ayudásemos à llevarlas.

Agr. No mas , Britanico. Como propios siento yo tus agravios: Mis quexas han precedido à las tuyas; pero no intento cumplir contigo con solo un furor inutil. Si quieres saber mi animo, sígueme à casa de Palante , que allà te espero.

SCENA IV.

Britanico y Narciso.

Bri. La creerè, Narciso? Será acertado admitirla por arbitro sobre su palabra, entre su hijo y Britanico? ¿Que dices? ¿No es esta aquella misma Agripina , que , por desdichamia , casò antes con mi Padre? Y la misma , segun relacion tuya, cortó el curso de los ultimos dias de su vida , creyendo que arrafaban demasiado la execucion de sus designios.

Nar.

Nar. Si Señor, pero no importa, porque sintiendose como tú ultrajada, será empeño suyo restituirte à Junia. Juntad vuestros pesares y vuestros intereses. En vano resonarán en este Palacio tus dolorosos clamores, mientras vean que como rendido, en vez de terror, te contentas con esparcir lamentos. Perderáse todo ese tiempo, y nunca fenecerán tus quejas.

Bri. Ah, Narciso! Bien sabes tú si es mi animo permanecer en la servidumbre. Bien sabes, si atemorizado de mi caída, renunciè para siempre el Imperio que me estaba destinado; pero tambien sabes que todavia me veo solo. Que los amigos de mi Padre, desalentados con mi desgracia, se mantienen ocultos, sin osar declararse: y que mis pocos años apartan de mi aun à los que interiormente me conservan fidelidad. De un año à esta parte q̄ la experiencia me ha dado algun conocimiento de mi triste suerte, y veo à mi lado otra cosa, que amigos falsos, testigos perpetuos de todos mis movimientos, que como escogidos por Neròn para este infame comercio, hacen con el granjeria de mis secretos? No hay remedio, Narciso: à todas horas me venden. Neròn prevèe mis designios: no se le oculta ninguna de mis privadas conversaciones; y como tu mismo sabe hasta mis pensamientos mas intimos. ¿Que te parece?

Nar. Que baxeza de animo! A ti, Señor, te toca escoger confidentes leales, y no ser prodigo de tus secretos.

Bri. Bien dices, Narciso; aunque la

ciencia de la desconfianza es la ultima que aprende el magnanimo à costa de haber sido engañado mucho tiempo; pero en fin te creo, pues tengo hecho proposito de darte credito à ti solo. Acuerdome que mi Padre me aseguró de tu zelo. Veo que de sus libertos eres el unico que me ha mantenido lealtad, y q̄ tu incesante vigilancia me ha librado hasta aqui de mil peligros ocultos. Ve pues, y reconoce si el estrago de esta ultima borrasca ha excitado el valor de nuestros amigos. Examina sus semblantes: observa sus conversaciones; y mira si podrè prometerme de ellos el socorro que necesito. Principalmente advertirás con arte, que cuidado ha puesto Neròn en guardar la Princesa. Sabrás si se han serenado sus bellos ojos, y si todavia me será permitido hablarla. Entretanto buscarè à Agripina en casa de Palante, liberto tambien de mi Padre. Voy à irritarla y seguirla, y si puedo, à empeñarme baxo su nombre aun en mucho mas de lo que ella intenta.

ACTO II.

SCENA PRIMERA.

Neròn, Afranio, Narciso y Guardias.
Ner. Esto ha de ser; Afranio: por mas causas que me haya dado, al fin es mi Madre, y quiero defenderme de sus caprichos, pero à quien no quiero disimular ni sufrir es al insolente ministro que se los fomenta. Los consejos de Palante inficionan à mi Madre, y pervierten a mi hermano Británico. Ambos

bos le oyen como à Oraculo; y no será mucho , que ahora mismo estên todos juntos en su casa. Esto yá es demasido, y conviene separarle de entrambos. Por ultima vez mando que se alexe , que parta, y que esta noche no se le halle ya en Roma. Ve , y executa esta orden que tanto importa al bien del Imperio. Tú Narciso, acercate. Y vosotros (à los Guardias.) retiraos.

SCENA II.
Nerón y Narciso.

Nar. Señor , gracias à los dioses ; la posesion de Junia te asegura oy de todos los demas Romanos. Ya tus enemigos , derribados de su vana esperanza han ido à casa de Palante à llorar la flaqueza de sus fuerzas. ¡Pero que veo! Tú mismo alterado y confuso demuestras aun mas turbacion que Britanico. Que me presagian esa profunda tristeza, esa inquietud y turbacion que advierto en tus ojos ? Señor, todo te sucede prosperamente La fortuna obedece à tus deseos.

Ner. No hay remedio , Narciso. Yo estoy enamorado.

Nar. Tú , Señor ?

Ner. Un instante ha que amo ; pero para siempre: que digo amar? Idolatro en Junia.

Nar. ¿ Tú, Señor, amas à Junia ?

Ner. Excitado de un curioso deseo la ví llegar anoche à Palacio. Venia triste: levantaba los ojos al cielo, y aunque bañados en lagrimas, brillaban entre las armas y las hachas encendidas: hermosa , sin otro adorno que el simple traje de una beldad recién arrebatada del sueño

No te admires , que yo no sè si aquel natural descuido , las sombras , las hachas , sus alaridos , el silencio , y el aspecto feròz de los fieros robadores aumentaban el timido atractivo de sus ojos. Sea como fuese, absorto yo de tan hermoso obgeto, quise hablarla , y perdí la voz , quedando inmovil y pasado por mucho tiempo. Dexela pasar à su quarto, y retireme al mio. Allí à mis solas pretendí , pero en vano, borrar su imagen de mi fantasia: tan impresa la tube , que me parecia estar hablando con ella. Amaba hasta las lagrimas que yo la hacia verter. Unas veces la pedía perdon; pero yá era tarde. otras alternaba los suspiros con las amenazas. De esta fuerte ocupado en mi nuevo amor hè pasado la noche sin el menor descanso. Pero dime, Narciso, ¿no podrá ser que el estado en que la ví me haya hecho formar alguna idea superior à su hermosura ?

Ner. Pues , Señor , ¿ será creible que Junia haya podido ocultarse tanto tiempo à tu vista?

Ner. No lo sabes? Sea que su encono me imputase la muerte de su hermano , ò que zelosa de la altivez y el retiro quisiese esconder de mi vista su tierna hermosura ; lo cierto es, que inflexible en su pena, y encerrada en la obscuridad se ha recatado aun de su misma fama. Esta perseverancia en una virtud tan nueva en la Corte , es la que mas enciende mi pasion. ¿Es posible, Narciso , que quando no hay Romana , que honrada y desvanecida con mi amor, desde el punto

to en que llega à confiar de su hermosura , no venga à probar la fuerza de su atractivo en los ojos de Cesar ; unicamente la modesta Junia , metida allá en su Palacio , mira como infamia estas honras. Huye , y no se digna siquiera de informarse , si es amable Cesar , ò si sabe amar. Dime , es su amante Británico ?

Nar. Señor , esto preguntas ?

Ner. ¿Pues en tan pocos años puede conocerse ni aun à si mismo ? Conoce ya la fuerza venenosa de un mirar alhagueño ?

Nar. No siempre espera el amor à la razon. Señor , no lo dudes ; Británico es amante de Junia. Sus ojos , sin otro maestro que la beldad de la Princesa , han aprendido el uso de las lagrimas. A todos sus deseos sabe yá acomodarse , y no será mucho que sepa tambien persuadir.

Ner. Que dices ? ¿ Si tendrá ya lugar en el amor de Junia ?

Nar. Señor , no lo sè ; pero algunas vezes le he visto retirarse de aqui , disimulando contigo su encono , llorando la ingratitud de una Corte que le abandona , cansado de tu grandeza y de su abatimiento ; y yendo agitado de estos , de impaciencia y temor volvía sereno despues de haber visto à Junia.

Ner. Tanto mayor será su desgracia , quanto mas haya sabido agradarla. Su despego le tendria mas cuenta ; porque Nerón no sufrirá sus zelos sin venganza.

Nar. Señor , ¿pues que te inquieta ? Eso en Junia no habrá sido mas que compadecerle y acompañarle en sus aflicciones. Hasta aqui no ha

visto ella otras lagrimas que las de Británico. Ahora que abre los ojos , mirando de mas cerca el resplandor de tu Magestad , te verá rodeado de Reyes sin diadema , confundidos como su mismo Británico entre la multitud , todos atentos à tu semblante , y ufano de que los mires aun por acaso. Pues quando vea todo esto , y que desde tan alto grado de gloria descienes rendido à sus pies à confesar su vencimiento , ¿ como podrá resistirse à tus deseos un alma poseída de tanta admiracion ? Señor , manda que te amen , y seràs amado.

Ner. A quantos pesares , à quantos sin sabores es preciso prepararme !

Nar. Como , Señor ! Que te detiene ?

Ner. Todo. Octavia , Agripina , Afranio , Seneca , toda Roma , y tres años de virtudes. No porque la mas leve ternura me estreche al casamiento contraído con Octavia , ni porque yo compadezca sus pocos años. Ha mucho tiempo que me tienen tan cansado sus desvelos que rara vez se dignan mis ojos de ser testigos de su llanto. Dichoso me llamaria , si un divorcio me librasse quanto antes del yugo que me impusieron por fuerza. Los mismos cielos parece que tacitamente se declaran contra ella. En vano les ha dirigido sus importunos ruegos por espacio de quatro años : los dioses no han querido premiar su virtud con alguna muestra de fecundidad. En vano clama el Imperio por heredero.

Nar. Pues , Señor , si el Imperio , si tu aversion , si todo la condena , ¿ que haces que no la repudias ? Sulpicia

ba tu abuelo Augusto por Livia, y se casò con ella, precediendo aquel duplicado y dichoso divorcio, à quien debes tu fortuna. Tiberio, aunque colocado en la familia de Augusto por casamiento, à su misma vista tubo resolucion para repudiar à su hija. ¿Tù, Señor, has de ser el unico que reprimas los deseos, sin atreverte à un divorcio que facilite tus gustos?

Ner. Què, ¿no conoces à la implacable Agripina? Este inquieto amor mio se imagina yà, que iracunda y furiosa me trae consigo à Octavia, y me reconviene con los sagrados derechos de aquel vinculo que fuè obra suya. Que no contenta con esto, esgrime contra mi otras mas fuertes armas, y me refiere por extenso todas mis ingratitudes. ¿Que sufrimiento habrá para lance tan enfadoso?

Nar. Ah, Señor! ¿Pues tù no eres dueño de tí mismo, y aun suyo? Siempre te verémos medroso, y sometido à su tutela? Vive, reina por tí mismo, que ya sobra lo que Agripina ha reinado en tu nombre. La temes? Pues no temerla. Ya desterraste ahora al soberbio Palante, cuya audacia estrivaba en el favor de tu Madre.

Ner. Es verdad, Narciso. Quando no estoy à su vista, mando y amenazo. Oigo tus consejos, y los apruebo. Excitome contra ella, y procuro, despreciarla; pero te dirè desnudamente la verdad. Apenas mi desgracia me la pone delante, quando ya sea porque no me resuelvo à desmentir el poder de sus ojos, en que tanto tiempo he leído mi obli-

gacion, ò porque la memoria de sus beneficios haga que la rinda en secreto todo lo que he recibido de su mano; al fin son inútiles mis esfuerzos, y afombrado de mi propio, no puedo sin temblar ponerme delante de mi Madre. Solo por verme libre de este embarazo, huyo siempre de su vista. La ofendo irrito de quando en quando sus enojos, procurando de esta suerte que me dexé, al mismo paso que huyo de su presencia. Pero esto ya es detenerte demasiado. Retírate, Narciso, no demos lugar à que Británico sospeche.

Nar. No hay que tener ese recelo, Señor. Británico està entregado à mí enteramente; y crèe que de su orden he venido à verte, y à informarme de lo que importa. De mí quiere saber tus secretos, y espera impaciente que mi diligencia le facilite el alivio de vér à su amada Junia.

Ner. Yo lo permito. Llevalé esa gustosa noticia. Dile que la verà.

Nar. Señor! Alexale de su vista.

Ner. Yo me entiendo, Narciso. No creas que consiga de mí à poca costa esa satisfaccion. Lo que has de hacer es encarecerle tu astucia, diciendole que por servirle, yo mismo soy engañado, y que la vé sin mi noticia. Pero ya abren, y ella viene. Vète à traer à Británico.

S C E N A III.

Nerón y Junia.

Ner. Que turbacion es esa, Señora? ¿Por qué te has demudado? ¿Has visto en mis ojos algun triste presagio?

Jun. Señor, dirè la yerdad. A Octavia bus-

buscaba , no al Emperador.

Ner. Bien lo sè : no sin envidia veo quanto te debe la dichosa Octavia.

Jun. Tú , Señor...

Ner. ¿ Piensas que solo ella te mire aqui con cariño ?

Jun. A què refugio me acogerè sino al suyo? ¿De quien sabrè la culpa q̄ no hè cometido? Tu , Señor , que la castigas, no puedes ignorarla. Dime te ruego ; quales son mis delitos?

Ner. Es poco el haberte ocultado tanto tiempo de mi vista? ¿Acaso ese tesoro de hermosura con que el cielo quiso enriquecerte, le recibiste para sepultarle ? Solo el dichoso Británico ha de lograr sin zozobra el aumento de su amor, el de tu belleza? ¿Porquè me has privado hasta aqui de esta dicha? ¿Por què me has tenido con impiedad desterrado en mi propia Corte? Pero esto no es lo mas , quando oigo decir que sin darte por ofendida has sufrido que Británico te declare su inclinacion: aunque yo no puedo creer que sin consultarlo conmigo, haya pasado la severa Junia à esperarle, ni que haya venido en amar y en ser amada, sin que Neròn lo sepa por otra parte q̄ por la fama.

Jun. No negarè, Señor. que Británico se ha dignado alguna vez de explicarme sus deseos, y que ha puesto en mi los ojos, como en unica reliquia del destrozo de una ilustre familia, acordandose de que en tiempo mas feliz me destinò su Padre para obgeto de su amor. Si me ama, al Emperador su Padre obedece, y me atrevo à decir, q̄ aun à ti y à tu Madre. Con su voluntad, Señor, te conformas de tal suerte que...

Ner. Ah! Señora, mi Madre tiene sus ideas , y yo tengo las mias. Dexe- monos de Claudio y de Agripina, q̄ yo no me gobierno por su eleccion. A mi me toca responder de tu persona, quiero darte esposo de mi mano.

Jun. Mira, Señor, que qualquiera otra alianza ferà en afrenta de los Cesares, mis ascendientes.

Ner. El esposo que digo , puede sin verguenza juntar sus abuelos con los tuyos. Bien puedes admitir sin escrupulo sus ardientes deseos.

Jun. ¿Pues quien es ese esposo ?

Ner. Yo , Señora.

Jun. ¡ Tú !

Ner. Si yo conociese superior à Neròn, le hubiera nombrado para q̄ le aceptases sin repugnancia: pero por mas que he recorrido à Roma y al Imperio: por mas que he buscado y busco todavia à quien podrè confiar ese tesoro , hallo que Cesar , digno solamente de servir à Junia, debe ser el unico y dichoso depositario; y que no puede dignamente confiarla à otras manos, que à las que ha entregado Roma el imperio del mundo. Acuérdate de tus primeros años, y veràs que si Claudio te destinò para su hijo, fuè quando creìa poderle dexar en herencia el Imperio del orbe. Despues han decidido los dioses ; y si no quieres resistir à sus decretos, debes seguir el mismo rumbo que el Imperio. En vano el cielo me habria elevado à tanta dignidad, si hubiese de estar separada de tu amor: si en el pesado afan del gobierno me faltase el alivio de tu dulce compañía; si mientras dedi-

co al desvelo y à la inquietud tantos dias, siempre dignos de lastima y siempre envidiados, no pudiese alguna vez respirar à tus pies de tantas fatigas. No te embaraze Octavia. Roma siguiendo mis deseos la repudia, y me obliga à romper un lazo que no quiere aprobar el cielo. Consideralo bien, y verás que esta eleccion es digna de la solitud de un Principe que te adora: digna de tus bellos ojos tanto tiempo cautivos: digna en fin del universo, à quien no debes negarte.

Jun. Admirada quedo, Señor, y es razon que me admire ver que en un solo dia me traen como delinquente à tu Palacio, y que quando llego medrosa à tu vista casi desconfiada de mi propia inocencia, me ofreces de repente no menos que el mismo lugar de Octavia. Sin embargo, me atreverè à responder, que no merezco tanta honra, ni tanta afrenta. ¿Cabe, Señor, en ti desear que una illustre doncella, que casi desde la cuna viò extinguir su familia, y que encerrada en su retiro, alimentando su propio dolor, ha hecho virtud de su misma desgracia, salga repentinamente de reclusion tan tenebrosa, y se exponga à la vista del mundo en un trono, cuyo resplandor no ha podido sufrir ni aun de lexos, y en fin cuya magestad està ocupada por otra?

Ner. Ya he dicho que la repudio. Señora, menos temor, ò menos modestia, y no culpes mi eleccion con nombre de ceguedad. Consiente, ñ yo respondo por tí. Acuerdate de tu nacimiento, y no dexes la gloria

de estos honores por la de un desprecio, sujeto al arrepentimiento.

Jun. El cielo, que penetra el fondo del alma, sabe quan poco es el eco que hace en mí toda esa vana pompa. Bien conozco la grandeza de tus dones; pero quanto mas lustre alcanzase con ellos, tanto mayor sería mi verguenza; y tanto mas patente el delito de haberlos usurpado à la legitima heredera.

Ner. ¿Pues à que mas podria empeñarte una intima amistad? Eso ya es mirar demasiado por Octavia. Hablemos claro. Yo creo que en esa composicion mas parte tiene el hermano que la hermana. Britanico..

Jun. Es verdad ñ ha sabido agradarme, y que así lo he manifestado. Yo lo confieso, y conozco que será indiscrecion hablarte con esta claridad; pero, Señor, mi lengua no puede dexar de ser fiel interprete del corazon. Como he vivido siempre separada de la corte, nunca creí que me fuese necesario aprender el arte de fingir. Yo amo à Britanico; y aunque es cierto, que le fui destinada quando nuestro ca-samiento y el Imperio se juzgaban inseparables, tambien lo es que las mismas desgracias que hicieron ilusorias aquellas ideas; sus honores suprimidos, su Palacio desierto, sus parciales y amigos ahuyentados despues de su caida, son otros tantos nudos que mas le estrechan conmigo. Tú, Señor, adonde quiera que vuelvas los ojos, no ves sino felicidades que se anticipan à tus deseos. No amanece dia que para tí no sea sereno y delicioso.

Es para tí el Imperio una fuerte penenne de placeres, y apenas algun pesar los interrumpe, quando todo el universo, cuidadoso de conservarlos, se apresura à borrarle de la memoria. Británico al contrario, se vè solo, y por mas afligido que se halle, Junia solamente le compadece, sin poder darle otro consuelo que el de algunas lagrimas que sirven para mitigarle sus penas.

Ner. Pues ese consuelo, esas lagrimas son las que yo envidio, y las que costarian la vida à qualquiera otro que no fuese Británico; pero el me debe que le trate con mas blandura, y ahora mismo verás que viene à tu presencia.

Jun. ¡Oh, Señor! No en vano confìe siempre de tus virtudes.

Ner. Bien pudiera yo impedirle que te viese; pero quiero escusarle el peligro à que le expondria esta pena. No es mi animo perderle. Mejor serà que pronunciandole tu su sentencia, la oiga de la misma boca de quien èl adora. Si aprecias su vida, apartale de tí sin que entienda mis zelos. Reaiga sobre tí el agravio de esta separacion; y ya sea con tus palabras, con tu silencio, ó à lo menos con tu despego, hazle entender que busque otro objeto à sus deseos y à sus esperanzas.

Jun. ¡Yo, Señor? ¿Yo he de pronunciar contra èl una sentencia tan rigurosa? ¿Yo, que mil veces le he jurado lo contrario? Aun quando fuese posible vencerme hasta ese extremo, y hacerme à mi esa traicion, mis propios ojos estorvarian que Británico me obedeciese.

Ner. Pues ello ha de ser: mira como puedes encerrar el amor en lo mas intimo del alma. Aqui me quedo oculto: observarè todos tus movimientos, penetrarè hasta el mudo language de los ojos; y la seña mas leve, el suspiro mas disimulado con que favorezcas à Británico le costará su total ruina.

Jun. ¡Ah, Señor! Si en este conflicto hay en mi capacidad para desear alguna cosa, permíteme que jamás le vea.

SCENA IV.

Nerón, Junia y Narciso.

Nar. Señor, ya llega Británico y pregunta por la Princesa.

Ner. Que venga.

Jun. ¡Señor!

Ner. Yo me aparto. Su fortuna mas que de mi depende de tí misma. Acuerdate de que estoy à la vista.

SCENA V.

Junia y Narciso.

Jun. Narciso, aprisa, vè y advierte à Británico... pero ay de mí! Ya no es tiempo.

SCENA VI.

Junia, Británico y Narciso.

Bri. ¿Señora, que dicha es la que me vuelve à tu presencia? ¿Es posible que gozo de tan dulce compañía? ¿Pero ay infeliz! Que dolor es el q̄ te aflige? ¿Que pesar es ese que turba mi gozo? ¿Es acaso esta la ultima vez que he de verte? ò habrè de alcanzar à costa de mil cautelas una felicidad que me concedias à todas horas. ¡O funesta noche! ¡Inhumana sorpresa! Dime, Junia, tus lagrimas,

mas, tu hermosura no desfarmaron la infolencia de aquellos crueles? Adonde estaba yo entonces? Que espiritu envidioso me negò, que en defensa de mi Junia tubiese la dicha de morir delante de sus ojos? Que dolor! Aliviale, Princesa mia. Dime, ¿enmedio de aquel espanto merecí que en secreto me dirigieses algun suspiro? Fui por ventura digno de que tu beldad me echase menos? Pensabas en la pena que me habia de costar este amargo suceso? No me respondes? ¿Que ècogimiento tan elado es. ese? ¿Asi consuelan tus ojos mi desgracia? Habla, que solos estamos. Nuestro enemigo, ageno de mi arroj, estará por otra parte ocupado. No desperdiciemos los instantes de ausencia tan venturosa.

Jun. Aqui todo respira su poder. Estas mismas paredes pueden tener ojos. Nunca el Emperador se alexa de este sitio.

Bri. ¿Desde quando tan temerosa? ¿Desde quando tu amor sufre sugestion? ¿Donde está aquel animo resuelto con que siempre me jurabas hacer envidiar nuestra union al mismo Cesar? Ea, Señora, destierra ese vano temor. Todavia me quedan algunos amigos, en cuyos semblantes conozco que aprueban mi justo despecho. Agripina se pone de nuestra parte y aun Roma ofendida de la conducta de Neron.

Jun. Britanico, mira lo que dices, que eso es contrario à lo que sientes. Tú mismo, tu me has confesado mil veces, que la voz comun de Roma eran sus alabanzas, y siempre rendiste algun respeto à su vir-

tud. Sin duda que ese language te le dicta el dolor.

Bri. Pasmado me dexas: no venia yo à oir de tu boca sus elogios. ¿Es posible que quando me valgo de este momento favorable para explicarte el dolor que me aflige, gastes tu este preciso momento en alabar al enemigo de quien me veo oprimido? ¿Quien te ha trocado tanto en tan corto tiempo? Por instantes crece mi admiracion. ¿Aun tus ojos han aprendido à callar? ¿Ya temes que se encuentren con ellos los mios? ¿Si te habrá agradado Neron? ¿Si será odioso Britanico? ¡Ah que pena! Si yo lo imaginase.. Señora. por los dioses te ruego que me saques de la turbacion en que me tienes. Hablame, dime, ¿Britanico no tiene ya lugar en tu memoria?

Jun. Retirate, que viene el Emperador.

Bri. ¡Ay, Narciso! ¿Que deberè esperar despues de un golpe tan terrible!

SCENA VII.

Neron, Junia y Narciso.

Ner. Señora...

Jun. No, Señor, no puedo escucharte. Yá quedas obedecido. Dexa siquiera correr estas lagrimas en ausencia de Britanico.

SCENA VIII.

Neron y Narciso.

Ner. Ya has visto, Narciso, que la violencia de su amor ha mostrado hasta en el silencio. A Britanico ama; y pues esto ya no tiene duda, à lo menos quiero vengarme en abultar su desconfianza, y aun hacerle que

que desesperare del amor de Junia. Yo me deleito con el vivo dolor de mi hermano, y con haber visto que ya empieza à dudar del amor de la Princesa. Voy siguiendola. Mi competidor te espera para prorumpir contigo en tristes sollozos. Vè pues, y con nuevas sospechas dale nuevo tormento. Mientras q̄ à mi propia vista le lloran, y es adorado, haz que le cueste cara esta dicha que no conoce.

Nar. solo. Segunda vez te llama la fortuna, Narciso. ¿Por que has de hacerte sordo à su voz? Sigamos hasta el fin sus favorables disposiciones, y hagamonos dichosos à costa de los desdichados.

A C T O III.

SCENA I.

Neròn y Afranio.

Af. Señor, Palante obedecerà.

Ner. ¿Y con que semblante ha visto Agripina confundido su orgullo?

Af. No dudes, Señor, que la hiera este golpe, y que no podrá sufrir su dolor sin prorumpir agriamente contra ti. Ya empiezan à reventar los imperus furiosos que hasta aqui he reprimido. Quiera el cielo que no pasen de quejas ineficaces.

Ner. ¿Pues què la juzgas capaz de concebir contra mi algun designio?

Af. Señor, Agripina siempre es temible. Todavía Roma y el Exercito reverencian la memoria de sus abuelos, y tienen muy presente à Germanico su Padre. Tú conoces su espíritu. y ella no ignora su autoridad. Y lo que aumenta mas mi temor es, que tu mismo das fomen-

to à su ira, y la subministras armas contra ti propio.

Ner. Yo?

Af. Ese amor de que estás poseído...

Ner. Afranio, basta. Este mal no tiene remedio. Yá me he reconvenido à mi mismo aun con mucho mas de lo que tu puedes decirme, y veo que no puedo vencerme.

Af. Tú lo imaginas, Señor. Satisfecho de qualquiera resistencia, te parece ya incurable una enfermedad que ahora empieza; pero si resueltamente redugeses tus deseos à lo justo, cortando toda comunicacion con tu enemigo: si te acordases de la gloria de tus primeros años: de las virtudes de Octavia, dignas de mejor tratamiento: de su amor casto y vencedor de tus desprecios, y en fin, si evitando la presencia de Junia, condenases tus ojos à no verla por algun tiempo, creeme, Señor, por mas poderosa que te parezca esa passion, que solo con quererla vencer se vence.

Ner. Quando en alguna revolucion convenga conservar la gloria de nuestras armas, ò quando en el Senado se trate del destino del Imperio, entonces seguirè ciegamente tus consejos, y lo confiarè todo à tu experiencia; pero el amor, Afranio, es ciencia aparte, y tendria yo por abatimiento de tu severidad emplearla en materias amorosas. Adios, que no vivo estando ausente de Junia.

SCENA II.

Afranio solo.

Af. En fin, Afranio, ya Neròn empieza à descubrir su genio. Aquella

foto

ferocidad que tu creíste poder reprimir, está ya para arrebatarte de tu débil mano las riendas con que le contenías. ¡En que precipicios temo que se despeñe! ¡Oh dioses! ¡Que haré en caso tan peligroso! Seneca que podría valerme, ausente de Roma, ignora este riesgo. ¿Pero qué? No pudiera yo, avivando el amor de Agripina... mas ella viene, mi dicha me la trae.

SCENA III.

Agripina y Afranio.

Agr. Y ahora que me dirás, Afranio? Eran erradas mis sospechas? ¿Es este el fruto de los sabios consejos, con que tanto te señalas? En fin Palante sale desterrado, acaso sin otro delito que el haber colocado à Nerón en el trono. Bien lo sabes. Claudio nunca le hubiera adoptado, si Palante que le dominaba no lo hubiese dispuesto. ¿Y qué, no mas? A Octavia se la dá competidora, y à Nerón se le exime de la fé conjugal. ¡Que digno empleo de un ministro enemigo de los lisongeros, y escogido para moderar los ardores juveniles de Nerón! Que digno empleo! ¡Esforzarlos por sí mismo, y sembrar en su alma el desprecio de su Madre, y el olvido de su muger!

Af. Señora, muy presto me acusas. Tu hijo hasta aquí puede ser disculpable. Si Palante sale desterrado, mucho tiempo ha que lo tiene merecido su soberbia. Nerón en esto no hace otra cosa, q̄ cumplir à su pesar, lo que toda la Corte pedía en secreto. Lo demás es un mal q̄ tiene remedio, y no faltará modo de enjugar las lagrimas de Octavia.

Template, Señora. Los medios suaves serán mas acomodados para atraerle al amor de su esposa; y al contrario, las ruidosas amenazas solo producirán mayor irritacion.

Agr. Ah! En vano es pretender que yo calle. Ya veo que mi silencio te dá mas osadía para despreciarme: y no debe Agripina respetar tanto à su propia hechura. No, Palante no se lleva consigo todo mi recurso. Todavía me queda en Roma el que basta para vengar mi injuria. Ya empieza Británico à conocer aquellos delitos, de q̄ solo me queda el arrepentimiento. Yo iré à ponerle delante del exercito: lloraré su oprimida infancia à vista de los soldados, y les haré que à exemplo mio enmienden el error cometido entóces. Veráse de una parte à la hija de Germanico, y al hijo de un Emperador que pide se le guarde la fé jurada à su familia. De la otra se verá al hijo de Enobarbo sostenido de Seneca, y del Tribuno Afranio, que habiendo sido ambos llamados por mi misma de sus destierros, dividen à mi vista entre sí la autoridad suprema. Todos han de saber nuestras comunes maldades, y los medios injustos con que dispuse la exaltacion de mi hijo. Y para hacer odioso su poder y el vuestro, confirmaré los mas injuriosos rumores. Lo confesaré todo, destierros, asesinatos, el mismo veneno..

Af. Será en vano, Señora; porque no te darán credito, y sabrán recusar el injusto ardid de un testigo que se acusa à sí mismo. Yo, que fui el primero que ayudé tus designios, y que aun hice jurar la obediencia

al exercito en manos de Neròn, no me arrepiento de mi zelo. En fin, Señora, el es un hijo sucesor de su padre, y en el mismo acto de adoptarle confundió Claudio el derecho de su hijo y del tuyo. Roma le pudo elegir, así como eligió justamente à Tiberio, adoptado por Augusto, excluyendo al joven Agripa, que pretendió en vano la preferencia. Tú no puedes debilitar ahora este legitimo poder de Neròn, fundado sobre cimientos tan solidos; y si él quiere seguir mi consejo; espero que con su bondad te obligue à pensamientos mas benignos. Ya he dado principio à este intento, y voy à proseguirle.

SCENA IV.

Albina y Agripina.

Alb. O Señora, ¡y quanto te arrebatara esa furia! Quiera el cielo que Neròn no lo penetre.

Agr. O! Si el cielo quisiera ponerme-le delante.

Alb. Por los dioses supremos que te moderes. ¿Es posible que quieras sacrificar tu reposo à los intereses de Octavia y de Britanico? ¿Que quieras sugetar hasta el amor de Cesar?

Agr. Que; ¿no ves hasta donde pretenden abatirme? No ves que à esta competidora contra mí solamente la preparan; y que si no procuro quanto antes desbaratar esta union, verè ocupado mi puesto, y deshecha mi autoridad? Hasta aqui Octavia inutil para la Corte, y reducida al honor de un vano titulo, ha vivido ignorada. Las gracias y las horas repartidas unicamente à su arbitrio me sometian todos los ambi-

ciosos deseos de los mortales; pero ya Junia, dominante en el corazon de Cesar, tendrá con él todo el poder de dama y consorte. El fruro de tantos desvelos, la pompa de los Cesares, todo vendrá à ser el precio de una mirada suya. Todos huyen de mí, y ya desamparada... ¡Que pena! Ni aun puedo sufrir el imaginarlo. Aunque me fuese preciso apresurar el decreto fatal del cielo, Neròn, el ingrato Neròn... Pero aqui viene Britanico.

SCENA V.

Britanico, Agripina, Narciso y Albina.

Bri. Señora, nuestros enemigos no son invencibles. Las desgracias que nos persiguen despiertan la compasion de algunos animos generosos. Tus parciales y los míos, ocultos hasta ahora, mientras perdimos el tiempo en quejas inútiles, animados ya de la colera que excita la injusticia, acaban de confiar à Narciso su sentimiento. Todavía no posee Neròn pacificamente à la ingrata, que adora con agravio de mi hermana; y si mantienes el dolor de la ofensa que se hace à Octavia, espero que el perjurio pueda ser reducido à su obligacion. La mitad del Senado está de nuestra parte. Sylla, Pison, Plauto...

Agr. ¿Principe, que dices? ¡Sylla, Pison, Plauto! ¿Los magnates de la nobleza!

Bri. Parece que te disgustas; y que tu enojo irresoluto y afustado siente ya conseguir lo mismo que deseaba. No te sobresaltes: no temas el arroj de los amigos que no tengo. Ha mucho tiempo que tu sagacidad

supo seducirlos à todos, ò alexarlos de mi. No, Señora, no temas: bien profundos son los cimientos que supites echar à mi desgracia.

Agr. Si sabes que nuestra conservacion depende de nuestra amistad, ¿como recelas de mi tan ligeramente? Yo lo he prometido: esto basta, y à pesar de tus enemigos sabrè cumplir mis promelas. En vano el malvado Neròn huye de mi colera, pues al fin serà preciso que escuche à su Madre. Entonces para reducirle, usarè mañosamēte, ya de la fuerza, ya de blandura; y quando esto no baste, yo misma sacarè conmigo à Octavia y harè publico mi temor y su conflicto: harè que todos los animos sean parciales de sus lagrimas; y en fin sitiare à Neròn por todas partes. Tu entre tanto no te pongas en su presencia.

SCENA VI.

Britanico y Narciso.

Bri. Narciso, ¿es cierto lo q̄ me dices?

¿Puedo tener alguna esperanza?

Nar. No hay duda, Señor; pero este parage no es à proposito para secretos de tanta importancia. Salgamos de aqui. ¿Que esperas?

Bri. ¡Ah! Narciso. ¿Que espero?

Nar. Habla, Señor.

Brit. Si por tu medio pudiese yo ver otra vez. .

Nar. ¿A quien?

Brit. Repugnancia me cuesta. Si yo lograse ver à Junia, esperaria con menos zozobra mi destino.

Nar. Pues Señor, ¿todavia confias en ella, habiendote yo informado de su ingratitud?

Brit. No, Narciso, no confio, antes

bien la creo ingrata, culpable y digna de mi enojo; pero à mi pesar conozco que no lo creo tanto como debiera, y que mi ciega passion, buscando razones q̄ la justifiquen, la disculpa y la idolatra. Quisiera vencer mi incredulidad; pero quisiera tambien aborrecerla tranquilamente. Y à la verdad, Narciso, ¿como es facil creer que su noble corazon, enemigo desde la infancia de esta fementida Corte, abandone el timbre que hasta aqui ha conservado, y que en un solo dia sea capaz de tan inaudita perfidia?

Nar. ¿Y quien sabe, Señor, si la ingrata, allà en su retiro, meditaba ya la conquista de Neròn? No podria ser que previendo la dificultad de ocultar su hermosura, la escondiese con arte para ser pretendida, excitando así el deseo de Neròn à la dificil empresa de rendir una altivèz invencible?

Brit. ¿Con que no podrè verla?

Nar. ¿Còmo, si ahora mismo està recibiendo los obsequios de su nuevo amante?

Brit. Pues vamos, Narciso. ¿Pero què veo? Ella es; ya llega.

Nar. Demos esta noticia al Emperador. *ap.*

SCENA VII.

Junia y Britanico.

Jun. Retirate, Britanico: huye la ira, que enciende contra ti mi constancia. Neròn està furioso. Yo he podido apartarme, y valerme de este instante mientras su Madre le detiene. A Dios, Britanico; no hagas agravio à mi amor: reservate, para lograr en otro tiempo mas favorable el gusto de ver justificada mi

ino-

inocencia. Tu imagen está impresa en el alma, y nada será bastante para borrarla de ella.

Bri. Ya, Señora, ya penetro tu intención. Tú quieres que mi ausencia facilite tus deseos, y que dexé el campo libre à tu nuevo amante. Mi vista te causa una interior vergüenza que perturba tu gozo. Ya veo que es preciso dexarte.

Jun. Si, pero sin culpar..

Bri. ¡Ah Señora! A lo menos pudieras haberte resistido algun tiempo. Yo no estraño que una amistad de las comunes se pase al partido que lisongea su fortuna; no admiro que te haya deslumbrado el resplandor del Imperio, ni que quieras gozar de su blando halago à costa de mi hermana; pero que estando Junia ocupada, como otra qualquiera, de estas grâdezas, me haya tenido tanto tiempo en el error de que las despreciaba; esto, Señora, me pasma, y confieso que cercado de desdichas, esta era la unica que nunca cupo en mi recelo. He visto erigirse la injusticia sobre mi ruina, y al mismo cielo cómplice con mis enemigos. Tantos horrores no habian llegado à faciar su ira: faltabame solo que Junia me olvidase.

Jun. ¡Ah Británico! Y como mi justo enojo te haría arrepentir de esa desconfianza en otro tiempo menos turbado; pero Nerón te amenaza, y en riesgo tan inminente no es razon que trate de afligirte, quien piensa solamente en tu consuelo. Vete, Señor; confía de mi, y no hagas à mi amor tal injusticia. Nerón nos escuchaba, y me mandò que fingiese.

Brit. Cómo! El cruèl..

Jun. Testigo fue de quanto hablamos. Con aspecto ceñudo observaba mi semblante, y estaba dispuesto à yengar en ti la seña mas leve de nuestra inteligencia.

Brit. ¡Que Nerón nos oia! ¡Ay desdichado! ¿Pero aun así no pudieran tus ojos haber fingido de modo que yo lo conociese? ¿No pudieran haberme dicho el Autor del artificio? ¿Acaso el amor es mudo, ò está reducido à un solo language? ¿De quanta turbacion me pudiera haber librado una mirada tuya! Era necesario..

Jun. Si, necesario era callar para librarte. ¿Quantas veces quisó mi pecho informarte de la agitacion en q̄ estaba? ¿Quantas veces, haciendo retroceder mis suspiros casi desde los labios, huyeron mis ojos de los tuyos, al mismo tiempo q̄ los buscaban? ¿Que tormento! ¿Callar à vista del amante! ¿Verle afligido, y aumentar su pena, quando pende el alivio solamente de mirarle! ¿Pero q̄ desconsuelos hubiera traído este alivio? Tan turbada, tan inquieta me tenia esta imaginacion, que aun juzgaba poco mi disímulo. Temia que la palidéz del semblante y la ternura de los ojos publicasé mi dolor. Pareciame à cada instante que salía ya Nerón à reprender el desmasiado cuidado que ponía en agradarte. En fin, Señor, tal era mi sobresalto, que hubiera querido no haber amado nunca Nerón lo sabe todo nada ignora de nuestro amor, y así conviene q̄ huyas de su vista. Tiempo habrá en que yo pueda revelarte otros muchos secretos.

Brit. ¡Ah, Señora! Eso basta. Mi dicha, tu bondad, mi delito, todo lo conozco. ¿Pero dime, amada Princesa, sabes lo que abandonas por mí?

De rodillas.

¿Como podrè yo enmendar el agravio hecho à tu constancia?

Jun. Señor, ¿que haces? ¡Ay infeliz! Neròn viene.

SCENA VIII.

Neròn, Britanico y Junia.

Ner. Prosigue, Britanico, prosigue esas rëdidas demostraciones. Junia, pues que le hallo à tus pies, no ferà mucho inferir tu benignidad de su agradecimiento, pero tambien à mi debiera darme gracias, quando teniendote yo en mi Palacio le facilito tan dulces coioquios.

Brit. En qualquiera parte que Junia se digne permitirlo, puedo ofrecer à sus pies mis males ò mis bienes. ¿Què tiene para mi de nuevo este Palacio, que has hecho ya carcel fuya?

Ner. ¿Acafo hay algo en èl, que no te advierta el respeto y obediencia que se me debe?

Brit. En èl nos criamos juntos, yo para obedecerte y tu para insultarme; pero no sè que estas paredes quando nos vieron nacer imaginàen que habia de llegar un tiempo, en que Domicio me hablase como Soberano.

Ner. Aú quiso la suerte trocar aquellos destinos. Obedecia yo entonces, y tu tambien obedecias. Si despues no has aprendido à gobernarte todavia eres mozo, y tendra lugar la enseñanza.

Brit. ¿Y quien ferà el que me enseñe?

Ner. El Imperio todo: Roma...

Brit. Acafo Roma te dà derecho para la suma crueldad, la injusticia, la violencia, las prisiones, el robo y el divorcio?

Ner. Roma no se mete en examinar lo que yo quiero ocultarla; imita tu su respeto.

Brit. Roma bien lo conoce.

Ner. Pero calla à lo menos; imita tu su silencio.

Brit. Así empieza Neròn à soltar las riendas à su ferocidad.

Ner. Y así empieza tambien à cansar se de tu insolencia.

Brit. ¿Este es el reinado feliz, sobre que habian de llover bendiciones?

Ner. Feliz, ó infeliz, soy temido; y esto basta.

Brit. No, pues este camino me parece que no es el mejor para agradar à Junia.

Ner. Si no supiese agradarla, sabrè castigar tu temeraria competencia.

Brit. A mi ningun peligro, ningun enojo sino el suyo me asusta.

Ner. Pues contentate con desearla, que hasta eso ya te permito.

Brit. Solo aspiro à la dicha de complacerla.

Ner. Esa ya la tienes; ya te ha prometido para siempre su agrado.

Brit. A lo menos yo no acecho sus conversaciones; la dexo hablar libremente, y no me escondo para estorbarsele.

Ner. Ya lo entiendo. Guardias.

Jun. Señor, ¿que haces? Mira que es tu hermano. ¡Ay de mi! Mira que es un amante zeloso, y acosado de mil desgracias. ¿Què fortuna es la fuya, para que tu la envidies? Si puede serlo mi amor, permite que apartan-

randonie de ambos, vaya à ser con-
tada en el numero de las Vestales,
para que mi ausencia ponga fin à
vuestras discordias. No le disputes
mi malograda inclinacion: dexa
que mis votos importunen sola-
mente à los dioses.

Ner. Estraña y repentiná resolucion.
Guardias, llevadla à su quarto, y
afegurad à Britanico en el de Oc-
tavia.

Bri. Añ sabe Nerón disputar el amor.
Jun. Principe, cedamos à su furor: no
le irrite mos.

Ner. Presto, Guardias.

SCENA IX.

Afranio y un Guardia.

Af. Cielos, ¿que veo?

Sin ver à Afranio.

Ner. Con doble fuerza ha renacido el
amor en ambos. Esta es obra de
Agripina: su retiro y su astucia me
han puesto en este terrible trance.

Al Guardia.

Mira si está mi Madre en Palacio.
Afranio, que la aseguren, y la pon-
gan mi guardia en lugar de la suya.

Af. ¡Como Señor! ¿A tu Madre, y sin
oir la?

Ner. Basta, Afranio. Yo no sè qual es
tu intencion; pero sè que de algun
tiempo à esta parte te has hecho un
fiscal riguroso de todos mis deseos.
Tú me has de responder de mi Ma-
dre, ò lo encargarè à quien sepa
responderme de su persona y la tu-
ya.

ACTO IV.

SCENA I.

Agripina y Afranio.

Af. Ya, Señora, podrás disculparte

despacio con tu hijo. Cesar quiere
escucharte, y para esto sin duda te
detiene en Palacio. Yo en todo ca-
so seria de parecer, que olvidan-
dote de sus ofensas, y preparando-
le los brazos, tomases antes el par-
tido de tu disculpa, que el de su acu-
sacion. Bien vès que es el unico ob-
geto de Roma, y que aunque sea tu
hijo y aun tu hechura, al fin es tu
Soberano, y estás como nosotros
fugeta al mismo poder que le diste.
Bien sabes, Señora, que la Corte ò
se desvia de ti ò te obsequia segun
el desvio ò el aprecio con que te
trata Cesar. Su gracia es lo que to-
dos buscan, quando imploran la
tuya. Pero ya llega.

Agr. Que nos dexen solos.

SCENA II.

Nerón y Agripina. Al tiempo de sentarse.

Ag. Acercate Nerón, toma asiento, y
atiende, ya que me obligan à satis-
facer à tus sospechas. Para esto, co-
mo ignoro de que delito se me acu-
sa, habre de referirte todos los que
he cometido. Tú reinas. No ignoras
quan lexos naciste de poder aspirar
al Imperio, y que sin mi nada hu-
biera valido el derecho de mis
abuelos, que despues ha ratificado
Roma. Quando con la muerte da-
da à la Madre de Britanico se hizo
el conforcio de Claudio, obgeto de
tantos deseos ambiciosos, y quan-
do tantas hermosuras se disputaban
vivamente la preferencia, sollicitan-
do à porfia los votos de sus liber-
tos, apeteçi su lado sin otro sin que
el de elevarte al mismo Trono, en
que yo pretendia sentarme. Humi-
llè mi soberbia: supliqué à Palante:
aca-

acaricè à todas horas à Claudio, hasta que prendiò el fuego amoroso, que deseaba encender en aquel corazon su misma sobrina. Como este parentesco era nuevo embarazo, y Claudio, teniendolo por illicito no se determinaba à casar con la hija de su hermano; supiegan al Senado, y una ley menos severa trajo à Claudio à mi lecho, y puso à Roma à mis plantas. Esto para mi era mucho: para ti nada. Te introduxe en su familia: te nombrè su yerno: te di à su hija à costa del infeliz amor de Silano, que despechado señalò aquel triste dia con su muerte. Pero aun esto era poco. Hubieras tu jamas soñado que Claudio, entre un hijo y un yerno, se llegase à declarar por el ultimo? Estrechè à Palante: à instigacion tuya te adoptò Claudio: te hizo llamar Nerón, y anticipadamente te quiso dar parte en el poder supremo. Entonces fuè quando trayendo à la memoria las cosas pasadas, penetraron todos mi ya adelantado designio. Entonces la amenazada desgracia de Britanico excitò la murmuracion de los amigos de su Padre. Mis promesas deslumbraron à los unos, y el destierro me librò de los mas sediciosos. El mismo Claudio, vencido de mi continua importunacion, apartò de su hijo à todos los que zelosos y empeñados en seguir su fortuna podian abrirle nuevamente el camino del Trono. Hice mas: saquè de entre mis libertos los que habian de educarle; y al contrario, para tus ayos escogì las personas que mayor credito tenian en Ro-

ma. Despreciè las pretensiones, y escuchè solamente à la fama. Llamè del destierro, y saquè del exercito à estos mismos Seneca y Afranio, que despues .. Roma entonces honraba sus virtudes. Al propio tiempo agotaba yo por mi mano las riquezas de Claudio, derramandolas prodigamènte en tu nombre. El cebo eficaz de los espectaculos, y de los dones te ganaban los animos del Pueblo y la Milicia; y despertando con esto el antiguo amor de los soldados, creian favorecer en ti à Germanico mi Padre. Claudio, que ya decaia, ciego de tantos años, abriò al fin los ojos y conociò su yerro. Estrechado de sus temores, no pudo contener algun lamento hàcia su hijo. Quiso juntar sus amigos; pero tarde y en vano, porque sus Guardias, su Palacio y su lecho todo me obedecia. Dispuse que consumiese inutilmente su cariño, y me hice dueño de sus ultimos suspiros. Con pretexto de no afligirle apartè de su vista las lagrimas de Britanico. Muriò. ¿Que no se dixo y se creyò de mi entonces? Procurè ocultar algun tiempo su muerte, y mientras Afranio iba secretamente à ganar para ti el juramento del exercito; mientras tu marchabas al Campo abrigado de mis auxilios, se hacian sacrificios en Roma, humeaban los Altares: movido el Pueblo con mis engañosas ordenes pedia la salud del Principe ya difunto. En fin, afirmado ya el poder de tu imperio con la entera obediencia de las Legionnes, viò Roma à Claudio, y atonito el Pueblo supo à un tiempo tu reina-

reinado y su muerte. Esta es mi sincera confesion. Estos son mis delitos. Esta es la recompensa. Apenas gozaba yo el fruto de tantos desvelos, apenas durò seis meses tu rëconocimiento, quando cansado de un respeto enfadoso, afectaste no conocerme. Seneca y Afranio avivando tus sospechas, y dandote lecciones de ingratitud, vén con gusto que el discipulo los excede en esta ciencia. Othòn, Sinëcio, juvenes estragados y sumisos lisongeros de tus vicios logran tu confianza. Y quando sentida yo justamente te pido razon de estos ultrages, me respondes con nuevas afrentas: recurso unico de un ingrato convencido Prometo la Princesa à tu hermano: consuelanse ambos con mi eleccion; y que haces? Junia robada y traída à tu Palacio viene à ser en una noche el obgeto de tu amor. Octavia arrojada ya de tu corazon, está para serlo tambien del lecho en que yo la puse. Palante desterrado, tu hermano preso, mi liberrad mal segura. Veome insultada de Afranio; y en fin quando convencido de tantas perfidias no deberias ponerte en mi presëcia sino para borrarlas, tu mismo me mandas que me justifique.

Ver. No puedo yo, Señora, olvidar que te debo el Imperio; y sin fatigarte en repetirlo, pudiera tu bondad sofegarse y tener mas confianza de mi gratitud. Tu sobresalto y quexa continua hicieron creer à todos, (atrevome á decirlo aqui entre nosotros) que baxo de mi nombre trabajabas para tí sola. *¿Son poca recompensa de sus beneficios (decian)*

tantos honores y tanta sumision? ¿Que delito ha cometido este Hijo? ¿Le ha coronado solo para que obedezca? ¿Es solamente depositario de su poder? Verdad es que à consistir en mi te hubiera dado gusto hasta en eso, cediendote la autoridad que parece me volvias à pedir à voces; pero Roma quiere un Soberano, y no una Señora. Bien sabes los rumores que ocasionaba mi floxedad El Senado y el Pueblo, irritados de oir que mi voz pronunciaba tus decretos, publicaron que Claudio me dexò con su poder la herencia de su servidumbre. Mil veces he visto con que ira, con qué violencia llevan los Soldados delante de tí las Aguilas, avergonzados de abatir à uso tan indigno los Héroes que representan. Qualquiera otra se hubiera rendido à estas razones; pero tú ò mandar, ò quexarte. Contra mi te has hecho del vando de Británico, fortificandole con la parcialidad de Junia. Trama Palante todos estos conciertos; y quando à mi pesar procuro asegurar mi reposo, te enciendes en ira, quieres presentar en el exercito à mi contrario. Ya la voz ha llegado hasta el mismo Campo.

Ag. ¡Yo hacerle Emperador! ¡Ingrato, tú lo has creido? ¿Con que intento? ¿Con que pretension? ¿Que honores, ni que lugar debiera yo prometerme en su Corte? ¡Ay Hijo! Si en tu reinado no se me respeta, si mis acusadores acechan todos mis movimientos, si persiguen à la Madre de su mismo Emperador, que seria de mi enmedio de una Corte estraña? Me darian en cara, no con quexas inutiles, ni con designios

apenas

apenas pensados quando desvanecidos, sino con delitos verdaderos, cometidos por tu causa y à tu vista. No nos engañemos. Yo conozco todo tu artificio: sé que eres un ingrato y que lo fuiste siempre. Desde tus primeros años, mi desvelo y mi ternura no te debieron sino fingidas caricias. Nada te ha obligado, y no sè como mi bondad ha podido sufrir tu aspereza. Desventurada de mi! ¿Que hado hace que te sean importunos todos mis afanes? Un hijo tengo. Cielos, què penetráis mi intencion, ¿os hice jamás algun ruego que no fuese en su favor? Remordimientos, temores, peligros, nada me acobardó: vencí sus desprecios: apartè la visita de los riesgos, que desde luego se me anunciaron: hice en fin quanto pude: tu reinas, esto basta. Si con la libertad q̄ me has quitado quietes tambien la vida, tomala, aqui la tienes, con tal que irritado el Pueblo con mi muerte, no te quite à ti lo que tanto me ha costado.

Ner. Basta, Señora, habla, dí lo que quieres.

Ag. Que se castigue la audacia de mis enemigos; que se aplaque el enojo de Britanico; que Junia elija esposo à su gusto; que ambos queden libres; que no salga Palante de Roma; q̄ pueda yo verte à todas horas;

Dexase ver Afranio en el fondo del Teatro.

que este mismo Afranio, que nos escucha, no tenga osadia para detenerme à tu puerta.

Ner. Si, Señora, todo lo concedo. Quiero que de aqui adelante mi reconocimiento publique tu poder.

Ya doy gracias à la feliz iibieza, q̄ vuelve à encender el ardor de nuestra amistad. Por mas que Palante haya hecho, quiero olvidarlo. Reconciliome con Britanico; y en quanto al amor, que ha sido causa de nuestra separacion, lo dexo a tu arbitrio, para que nos juzgues. Vé, Señora, y dà este consuelo à mi hermano. Guardias, obedeced las ordenes de mi Madre.

SCENA III.

Neron y Afranio

Af. Oh, Señor, quan lleno de gozo veo esta paz y estos abrazos! Tu sabes si hè deseado yo nunca otra cosa; si he pretendido jamás separarte de su cariño; y si merezco su injusta indignacion.

Ner. Te dirè la verdad, Afranio. Yo recelaba de ti, creyendo que ambos caminabais de acuerdo; pero su enojo te restituye mi confianza. Mi Madre acelera demasiado su triunfo. Yo abrazarè à mi contrario; pero serà para ahogarle.

Af. Como, Señor!

Ner. Esto ya es mucho. Su muerte me ha de librar del furor de Agripina. Mientras èl viva, no vivirè yo sin zozobra. Mi Madre me atormenta cō el odioso nombre de Britanico, y no quiero dar lugar à que su audacia le prometa otra vez mi Trono.

Af. Con que presto tendrá que llorar à Britanico?

Ner. Antes que acabe el dia no tendrè yo que temerle.

Af. Y quien te inspira esa atrocidad?

Ner. Mi gloria, mi amor, mi seguridad, mi vida.

Af. No, Señor, por mas que lo publi-

blique tu lengua, no creo que se ha-
ya fraguado en tu pecho.

Ner. Ay Afranio!

Af. O cielos! Como he podido escu-
charlo de su boca? Y tu, Señor,
¿como has podido oirlo sin horrori-
zarte? ¿Sabes en que sangre vas à
manchar tus manos? ¿Estás ya can-
sado de reinar en los corazones de
todos? ¿Que se dirá de ti? ¿Que
pensamiento es ese?

Ner. Pues que? ¿Sugeto siempre à mi
gloria pasada he de contemplar al
amor del vasallo, que gobernado
por el acaso, se nos dá y se nos qui-
ta en un mismo dia? ¿Siempre obe-
diente à sus deseos, y contrario à
los míos? ¿Por ventura foy su Em-
perador solamente para agradecerlos?

Af. Pues, Señor, para llenar tus de-
seos; no basta que la felicidad publi-
ca sea contada como uno de tus be-
neficios? En tu mano está, Señor;
virtuoso has sido hasta aqui, virtuo-
so puedes ser siempre. Ya tienes he-
cho el camino: ningun estorbo tie-
nes: en ti consiste caminar de virtud
en virtud; pero si oyes las maximas
de tus aduladores, habrás de cor-
rer de delito en delito: sostener unas
crueldades con otras, y lavar en
sangre tus manos ya ensangrenta-
das. La muerte de Britanico excita-
rá el zelo de sus amigos, dispuestos
siempre à tomar sobre sí la causa.
Hallarán quien los siga y aun des-
pues de su muerte no les saltarán
sucesores. Encenderás un fuego
inextinguible: de todos temido, ten-
drás que temer à todos: castigar
continuamente: vacilar en tus pro-
yectos, y hacer la cuenta de tus ene-
migos por la de tus vasallos. Ah,

Señor! ¿Es posible, que la dichosa
memoria de tus primeros años te
hace aborrecer tu inocècia? Acuer-
date de la felicidad que los hace se-
ñalados, y del sosiego en que pasas-
te. Que complacencia aquella pen-
sar y decir dentro de ti mismo: *To-
do mi Imperio en este instante me ben-
dice y me ama. El Pueblo no se asusta
de mi nombre: no le escucha el cielo
entre tristes sollozos: mis vasallos no
huyen de mi vista con melancolico abor-
recimiento; antes bien voy robando sus
corazones quando paso entre ellos!* Ta-
les eran tus delicias. O dioses, ¡que
mudanza! La sangre mus humilde
era para ti preciosa. Acuèrdome
que un dia, estrechandote el justo
Senado à que firmases la muerte de
un delincente, lo resistias como
rigor, acusandote de cruel; y lamē-
tandote de las pensiones que trae
configo el reinar, dixiste: *O ¡quanto
diera por no saber escribir!* No Señor,
ò has de creerme, ò mi muerte me
librará de ver y llorar esta desgra-
cia. No se dirá que Afranio sobre-
viviò à tu gloria, si te obstinas en
cometer tan atròz maldad. Aquí

Echase à los pies de Neròn.

me tienes, Señor. Haz que me
atraviesen este corazon: no puedo
consentir en accion tan detestable.
Llama, Señor, llama à los crueles
que te la han sugerido à que se en-
fayen en mi, si temen que su mano
estè poco diestra para este golpe.
Pero ya veo q mis lagrimas ablan-
dan à mi Soberano: ya veo que su
virtud se horroriza de un atentado
tan barbaro. No pierdas tiempo,
Señor, dime quales son los alevos
que osan aconsejarte el parricidio,

Llama à tu hermano, y olvida en sus brazos...

Ner. O , Afranio, ¡quanto me pides!

Af. No te aborrece, no: Señor, es traición que le hacen: yo sè que está inocente, y te respondo de su respetto. Voy corriendo, voy à acelerar tan gustosa conferencia.

Ner. Dile que me espere contigo en mi quarto.

SCENA IV.

Nerón y Narciso.

Nar. Señor , todo lo he previsto : ya está preparado el veneno para tan justa muerte. La famosa Locusta se ha esmerado en servirme. En mi presencia ha probado su eficacia con la muerte de un esclavo. Menos pronto es el acero para quitar la vida , que el nuevo tófigo que me ha confiado.

Ner. Narciso, agradezco tu zelo; mas no pases adelante.

Nar. Pues como, Señor! Por ventura aplacado tu odio contra Britanico, me prohíbe...

Ner. Si, Narciso , ya nos reconcilian.

Nar. Señor, no intentarè disuadirtelo; pero ya èl se ha visto preso. Esta ofensa siempre la mantendrá viva en el alma. No hay secreto que no descubra el tiempo : sabrá que por mi mano se le habia de dar un veneno dispuesto de tu orden. Quierran los dioses apartarle de tal intento ; pero acaso èl executará lo que tu no te atreves.

Ner. Me aseguran de su fidelidad, y venzo mi inclinacion.

Nar. ¿Y es vinculo de esta alianza su casamiento con Junia? ¿Señor , le haces tambien este sacrificio?

Ner. Mucho apurar es esto. Sea como fuese , ya no le cuento por enemigo.

Nar. Bien se lo creia Agripina. Ya vuelve à tener en ti su antiguo dominio.

Ner. Como! ¿Pues que ha dicho? ¿O que quieres decir con esto?

Nar. Se ha jactado publicamente.

Ner. De que?

Nar. De que solo con verte un instante, todo tu estrepito furioso se trocaria en humilde silencio: que serias el primero à firmar la paz, teniendo à mucha fortuna que ella se dignase olvidar tus agravios.

Ner. ¿Y que puedo hacer , Narciso? Yo biè quisiera castigar su audacia, y si me dexase llevar de mi inclinacion, presto se seguiria à este triunfo indiscreto un eterno pesar. ¿Mas que diria el mundo? ¿Quieres que siga yo las huellas de los tiranos? ¿Que Roma , borrandome tantos titulos honorificos , y dexandome solo el nombre de infame vengador, califique mi venganza de parricidio?

Nar. Pues, Señor, ¿quieres gobernar-te por sus caprichos? ¿Creiste que Roma callaria siempre? Debes acaso atender à lo que ella diga? ¿Por ventura has olvidado tus propios deseos? Y es posible que solo à ti no te atrevas à dar credito? A demás, Señor, que no conoces à los Romanos. No hablan ellos con la libertad que tu piensas : antes esas precauciones debilitan tu autoridad ; porque pasarán à juzgarse dignos de ser temidos. Ha mucho tiempo que están acostumbrados al yugo, y adoran la mano que los apri-

aprisiona. No hay porque temer, Señor: siempre los tendrás sugetos à tu gusto. ¿Quanto no fatigò Tiberio su servidumbre, y siempre la tubo pronta? Yo mismo en mi antigua privanza, revestido de un poder que con la libertad recibí prestado de Claudio, tentè mil veces su paciencia sin haberla podido cansar. Señor, no te detengas: no temas la fealdad de un veneno. Dá la muerte al hermano, abandona à la hermana, y verás como Roma llena de víctimas los altares: verás como halla delitos en los dos hermanos por mas inocentes que sean: verás, en fin, como pone entre los infaustos los dias en que nacieron Británico y Octavia.

Ner. No puede ser, Narciso: ha sido preciso rendirme. Afranio tiene ya mi palabra: no quiero darle contra mi nuevas armas faltandole à la fé prometida. En vano mi altivez quiere resistir à sus consejos: por mas que hago, jamás le oigo que no sienta en mi alguna turbacion.

Nar. No siempre Afranio piensa lo mismo que dice: su mañosa virtud procura conservar el credito; y no podria ser tambien que pensasen todos de comun acuerdo? Esta resolucion arruinaria su autoridad: serias libre, y estos ayos sobervios doblarian como nosotros la cerviz en tu presencia. Pues que, Señor, ¿ignoras hasta donde llega su atrevimiento? Neròn, (dicen ellos) no nació para el Imperio: no dice, ni hace otra cosa que lo q se le manda. Afranio gobierna su voluntad; Seneca su entendimiento: toda su grandeza, toda su virtud se reduce

à conducir un carro dieframète en el circo, disputar premios indignos de su estado, divertir al publico por sí mismo en los espectaculos de Roma, hacer gala de su voz en el teatro, recitar versos, que èl quiere se idolatren, mientras los soldados le procuran con violencia continuos aplausos. Ah, Señor! ¿No te atreverás à imponerles silencio?

Ner. Ven, Narciso, veremos lo que conviene.

ACTO V.

SCENA PRIMERA.

Británico y Junia.

Bri. Si, Junia; Neròn (quie lo creyera) me aguarda en su quarto para darme un abrazo. Ya tiene convidada la juventud de la Corte, y quiere que la pompa y alegria de un banquete confirme publicamente la fé de la amistad que me ha jurado, y avive el ardor de nuestros abrazos. Yá extingue aquella passion amorosa de que procedia nuestro aborrecimiento, y te hace arbitro de mi dicha. Yo, Señora, aunque despojado del Solio de mis abuelos, y aunque le veo adornado con sus despojos; desde que no me disputa tu amor, y me cede la gloria de agradarte, confieso que le perdono interiormente dexandole lo demás con menos sentimiento. ¿Es posible que ya no estarè separado de tu amable hermosura? ¿Que veo ya sin zozobra esos ojos que han sabido resistir suspiros y amenazas? ¿Esos ojos que me han preferido al Emperador y al Imperio? ¡O amada Princesa! ¿Pero que es lo que

te obliga à reprimir tu gozo à vista del mio? ¿De que nace que al oirme levantas al cielo tristemente los ojos? ¿Que recelas, Señora?

Jun. Yo misma no lo sè; pero temò.

Bri. No me amas?

Jun. Ah, Príncipe! ¿Si te amo?

Bri. Pues Neròn no turba ya nuestra dicha.

Jun. Y quié nos asegura de su sinceridad?

Bri. Què! ¿Le crees capaz de un odio encubierto?

Jun. Ha muy poco que me amaba, y estaba reíuelto à perderte: ahora huye de mi vista, y te busca. Puede tan grande mudanza ser obra de tan corto tiempo?

Bri. Es obra de Agripina: ella creyó que mi ruina arrastraria tras sí la suya: gracias à los caprichos de su genio receloso, que han hecho pelear en nuestro favor à nuestros mayores enemigos. No, Junia, no pueden engañarme sus gozofas demostraciones. Confio de Afranio: cõfio tambien de mi hermano, y creo que à imitacion mia incapaz de doblèz, aborrece abiertamente, ò no aborrece.

Jun. Señor, no juzgues de su corazon por el tuyo: hay mucha diferencia entre ambos. Oy es el primer dia que conozco à Neròn y à su Corte; pero veo que en ella dista mucho lo que se dice de lo que se piensa. ¿Que poco acordes el corazon, los labios! Con q̄ semblante tan risueño se quebranta aquella fé. ¡O, Príncipe, que estancia tan estraña para Junia y para Britanico!

Bri. Pero dime, Junia, sea su amistad verdadera ò fingida, si temes à Neròn, acaso dexa èl de temer? No,

Señora, no querrà èl exponerse con un atentado indigno à sublevar al Senado, al Pueblo. Pero que hay que dudar, si èl mismo conoce ya su yerro, tanto que Narciso ha penetrado su arrepentimiento. Ay, Junia, si el te hubiese contado hasta donde llega ..

Jun. ¿Y Narciso no puede ser traidor?

Bri. Que razon hay para que yo lo recele?

Jun. ¿Que se yo? Tu vida va en ello: de todo desconfio: temo que todo te engañe: temo à Neròn temo mi desgracia. No sè que fatal presentimiento me fuerza à desear que no te apartes de mi vista ¡Ay de mi! ¿Si esta paz que tanto te lisongea, ocultará algun lazo contra tu vida! ¿Si Neròn, irritado de nuestra union, habrá elegido la noche para encubrir su venganza! ¿Si ahora, mientras te veo, estará tramando tu muerte! ¿Si será esta la ultima vez que yo te hable! ¡Ay Britanico!

Bri. ¿Lloras, amada Junia? ¿Tanto te debe mi amor? ¿El dia que Neròn en el colmo de su grandeza y en un Palacio donde todos le adoran y me desprecian, creía que su resplandor te deslumbrase, prefieres mi infeliz estado à la pompa de su Corte? ¿En el mismo dia, y en el mismo Palacio rehusas un Imperio, y lloras por mi? Basta, Junia; detén esas preciosas lagrimas que al punto vuelvo à desvanecer tus temores. Voy, no sea que la dilacion me haga sospechoso Adios. Voy al centro del regocijo de una ciega juventud; pero encendido en mi, solo voy à pensar en mi adorada Princesa. Adios.

Jun. Principe...

Bri. Me aguardan, Junia, es preciso.

Jun. ¿Pero siquiera no aguardarás à q̄ te llamen?

SCENA II.

Agripina, Británico y Junia.

Agr. ¿Principe, en que te detienes? Vè al puesto, que Neròn te espera ya impaciente. Los convidados, para publicar su alegría, desean con ansia ver vuestros tiernos abrazos. No dilates el cumplimiento de tan justo deseo. Vè; y tu, Junia, ven conmigo al quarto de Octavia.

Bri. Vè, mi adorada Junia, dexa ese triste temor, no retardes à mi hermana los abrazos que anhela. Vè, Junia, mientras yo vuelvo à buscarte, y agradecerte nuevamente el cuidado que llevas.

SCENA III.

Agripina y Junia.

Agr. ¿Que es eso, Junia? Parece que algunas lagrimas han turbado tus ojos al despedirte. ¿No sabrè yo la causa? ¿Dudas acaso de una paz ajustada por mi misma?

Jun. Como me ha costado este dia tantos pesares, no es posible que tan presto me serene. Apenas puedo comprehender este milagro. ¿Que extraño seria temer algun estorbo à tus nobles deseos? La mudanza, Señora, es frequente en la Corte, y el amor siempre va acompañado de algun recelo.

Agr. Yo lo he dispuesto, Junia; esto basta. Todo está ya mudado. No hay por que recelar siendo mio el ajuste. Yo salgo fiadora de esta paz jurada en mis propias manos. Seguras son

las prendas que de ella me ha dado Neròn. O, Junia, si hubieses visto con que caricias me renovò la fé de sus promesas! ¡Con que tiernos abrazos ha querido detenerme! Con que dificultad se ha desprendido de mi! El afable cariño que rebofaban sus ojos me comunicò los secretos aun de las cosas mas menudas. Esparciase conmigo con aquella confianza de un hijo que olvida su altivez en el regazo materno. Pero volviendo despues al magestuoso aspecto de un Emperador que toma consejo de su Madre, me confiò aquellos altos secretos de que pende la suerte de los mortales. No, Junia, confesemoslo en gloria suya Neròn por sí no es maligno: nuestros enemigos eran los que pervertian y abusaban contra nosotros de su bondad. Mas al fin mi poder vuelve à alternar con el suyo. Roma conocerá de nuevo à Agripina; ya la voz de mi autoridad empieza à ser adorada. Pero vamos, Junia, no esperemos aqui la noche: pasemos al quarto de Octavia, y gastemos con ella lo que resta de este dia tan dichoso, como yo le creì desgraciado. ¿Mas que oygo? ¿Que confuso tropèl? ¿Que puede ser esto?

Jun. Cielos! Mirad por mi Británico.

SCENA IV.

Agripina, Junia y Afranio.

Agr. ¿A donde vas, Afranio? Detente. Que es..

Af. Esto acabò, Señora. Británico esta espirando.

Jun. ¿Principe mio!

Agr. ¿Espirando?

Af. O ya ha muerto.

Jun. ¡ Ay infeliz ! Perdona , Señora : Voy á focorrerle si puedo , ò á morir con él.

SCENA V.

Agripina y Afranio.

Agr. ¿ Que atrocidad , Afranio !

Af. Señora , llegó el termino de mi vida . No mas Emperáador , ni mas Corte .

Agr. Que no ha tenido horror de la sangre de su hermano !

Af. Esta maldad se ha manejado con mucho misterio . Apenas vè llegar el Emperador à Britanico , quando se levanta , y callando todos , toma al punto una copa y dice . *Para que acabe el dia con mas benignos auspicios derrama mi mano las primicias de esta copa . Dioses , que invocó en esta libacion , favoreced nuestra alianza .* Hizo Britanico el mismo juramento . Toma la copa : la llena Narciso : No es el acero tan pronto : apenas la llega à sus labios quando perdida la vista cayò sin aliento y sin vida . Consternaronse todos . Asombrados algunos huyen de allí dando voces ; pero los que mejor conocen la Corte mirando à Cesar componen su semblante . En esto , Neròn recostado en su silla , sin dar muestras de turbacion alguna , dixo : *No hay que asustarse . Ese violento accidente ya en su niñez le acometió muchas veces sin peligro .* En vano Narciso procuraba afectar algun sentimiento : su perfidia , su alegría se trasluce por mas que quiere reprimirla . Yo en tan horrendo caso , despreciando el enojo de Cesar , atravesè ofadamente por el tumulto de su

odiosa Corte , y horrorizado de tan atroz alevosia voy à llorar à Britanico , à Cesar y al Imperio .

Agr. Aquí viene . Verás si en esta maldad tiene parte su Madre .

SCENA VI.

Agripina , Neròn , Afranio y Narciso .

Ner. O dioses !

Agr. Espera , Neròn , oyeme una palabra . Muriò Britanico , y muriò por un homicida .

Ner. Y quien es ?

Agr. Tú .

Ner. Yo ! ¿ Hasta eso puede llegar tu malicia ? No ha de haber desgracia que no se me atribuya ; y si te dan credito , aun la muerte de Claudio será obra de mi mano . Amabas à Britanico , y te duele su perdida ; pero yo no soy respetable de los decretos del hado .

Agr. No , Neròn ; un veneno le ha muerto ; Narciso se le diò : tu se lo mandaste .

Ner. O , Señora , que mal informada . .

Nar. ¿ Para que fatigarte , Señor ? ¿ A caso te injuria esa sospecha ? Britanico , Señora , maquinaba secretamente lo que te hubiera costado mas justo sentimiento . A mas aspiraba él que al casamiento con Junia , y se hubiera valido de tu propio favor para castigarte . Te engañaba , Señora , fingiendo era su rendimiento , y verdadero el encono con que tarde ò temprano pretendia vengar los agravios acaecidos . O sea que la suerte à tu pesar te haya hecho este bien , ò que Cesar informado de las traiciones que amenazaban su vida , haya querido fiarla de mi zelo ; lo cierto es , Señora ,

hora, que esa aflicción se debe dexar para tus enemigos. Ellos son los que deben contar este dia como uno de los mas infaustos; pero tú...

Agr. Prosigue, Nerón, prosigue con tales ministros, y te harás memorable por tus hazañas. Prosigue, que no has dado este paso para retroceder. En la sangre de tu hermano has estrenado tu valor: mañana continuarás en la de tu Madre, y cansado de que te ayuden tus atrocidades, querrás sacudir el yugo de tantos beneficios; pero yo quiero q̄ aun mi muerte te sea infructuosa. No creas alcanzar tu sosiego con ella. Roma, este cielo, esa vida que de mi recibiste ofrecerán à tus ojos mi sombra en todas partes y à todas horas. Tus remordimientos te seguiran perpetuamente como infernales furias. Buscarás la quietud en otras atrocidades. Tu furor, irritandose contra ti mismo, no dexará dia que no señale con nueva sangre. Pero confio del cielo que cansado de sufrirte añada tu muerte à tantas víctimas de crueldad; y que despues de haberte bañado en su sangre y la mia, te verás obligado à verter la tuya propia. Tu nombre en los siglos futuros será injuria para los mas crueles Tiranos. Vete Nerón. Este es mi presagio.

Ner. Vamos, Narciso.

SCENA VII.

Agripina y Afranio.

Agr. O Cielos! ¿Que engañada he vivido! Desconfiaba de Afranio, y creia en Narciso. ¿Viste que sañudo y furioso me miró al despedirse? No hay que hacer: su crueldad no

es ya capaz de freno. El golpe pronosticado está ya casi sobre mi cabeza, y aun tu no te librarás de su violencia.

As. Ay! Señora! Pluguiése al cielo q̄ yo no hubiese visto este dia, y que Nerón dichosamente inhumano, hubiese ensayado en mi su furor sangriento, sin darme este anuncio inefable de las calamidades del Imperio. No es solo su delito lo que causa mi desconfianza, porque los zelos pudieron irritarle contra su hermano. Mi mayor pena es la ferrenidad con que le vió morir. Su semblante manifiesta ya aquel animo inflexible de un Tirano endurecido en maldades desde la infancia. Acabe de una vez, y quite la vida à este importuno ministro, q̄ ya no puede sufrirle. Acabe, no crea que temo su ira. La muerte mas pronta será para mi la mas apreciable.

SCENA ULTIMA.

Agripina, Afranio y Albina.

Alb. Afranio, Señora, acudid pronto à Nerón, y libradle de su propio furor. Ya perdió para siempre à su amada Junia.

Agr. ¿Tambien murió la Princesa?

Alb. Por afligir eternamente à Nerón Junia sin morir ha muerto ya para él. Ya visteis con que precipitacion salió de aquí. Fingió pasar al quarto de Octavia; pero torciendo luego sus pasos que siguieron mis ojos, salió turbada de Palacio. Apenas se ofreció à su vista la estatua de Augusto, quando bañado el marmol con sus lagrimas se abrazó de sus pies, y dixo: *Principe, por estos*

sagrados pies que tengo entre mis brazos, te ruego que protejas en este lance à este resto infeliz de tu linage. Roma, tu Palacio acaba de ver el sacrificio del ultimo descendiente tuyo que pudiera imitarte. Quieren obligarme que despues de su muerte le falte à la fé prometida; pero yo, para conservarla siempre pura, me consagro á estos dioses, en cuyos altares te diò lugar tu virtud heroica. A este espectáculo, atonito el Pueblo acude acelerado de todas partes, se atropella, la rodea enterrecido con sus lagrimas, y lamentandose de su desgracia la concede su proteccion de comun acuerdo. Conduxeronla al Templo en q̄ despues de tantos años las virgenes dedicadas al culto de los altares guardan religiosamente el precioso deposito de aquel perpetuo fuego que arde en honor de nuestros dioses. Cesar los vè partir sin osar estorbarlo. Narciso mas atrevido, por complacerle se encamina presuroso hacia Junia, y con mano profana empieza à detener-

la. Queda al punto castigada su audacia con mil mortales heridas. Y su perfida sangre brotado impetuosamente llegò à manchar à la misma Junia. Cesar sorprendido à un tiempo de tantos obgetos horrorosos, le dexa entre las manos de la multitud. Vuelve à entrar: huyen todos de su iracundo silencio. La unica voz en que prorrumpe es el nombre de Junia: incierto el paso, los ojos tan cobardes que ni aun vagamente se atreven à mirar al cielo. Si no la socorreis prontamente se teme que creciendo su despecho con la soledad y la noche el extremo dolor la acabe. Acudid presto. Un capricho la basta para quitarse la vida.

Agr. En ese se haria justicia. Pero vamos, Afranio, vamos à ver hasta donde llega su furia: veamos que mudanza producen sus remordimientos, y si en adelante quiere seguir otras maximas.

Af. Oxalà que esta fuese la ultima de sus maldades.

F I N.

Barcelona: En la Imprenta de Carlos Gibert y Tutó,
Impresór y Librero.